

LAS CONDICIONES PARA LA SANTIDAD

La vida espiritual – Beato José Allamano

Voluntad perfecta

Después de haber considerado los motivos para hacernos santos y los obstáculos que se oponen, tratemos ahora de algunas disposiciones de ánimo necesarias a quien quiere de verdad tender a la perfección.

La primera de estas condiciones, necesaria absolutamente para todos y siempre, es el deseo, la voluntad de santificarse. Si falta ésta, nunca se hará nada, y de nada valdrán todas las gracias de Dios y los medios que el Instituto ofrece, bien porque no los usaremos, o bien porque los usaremos sólo a medias, lo que equivale a no usarlos. Los maestros de espíritu están de acuerdo en esto: se hace santo quien quiere.

Pero no basta cualquier deseo. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* (184). Es lo que se requiere: tener hambre y sed de santidad; desearla, por tanto, con la misma fuerza con que deseamos el alimento cuando tenemos hambre, o como se desea el agua fresca cuando se tiene sed. Entonces el Señor viene al encuentro de la criatura y la sacia. Aunque al presente no seamos perfectos, si el Señor ve en nosotros de veras esta buena voluntad, colmará poco a poco nuestros vacíos, quitando uno a uno nuestros defectos y poniendo en su lugar la abundancia del don perfecto. *Ha saciado a los hambrientos* (185). Lo que cuenta ante Dios es la voluntad. Enseña santo Tomás que quien tiene voluntad perfecta tiene ante el Señor el mérito de lo que quisiera hacer.

1. PLENA VOLUNTAD: Voluntad perfecta quiere ante todo decir plena voluntad, que no cede, que no tiene límites, que no teme alturas, ni confines. ¡Algunos tienen miedo de ir a parar a los altares! No pensemos en ello, que no nos corresponde; en todo caso, pensarán en ello otros. Pero nosotros sí debemos tender a la misma santidad de los altares.

Los dones de Dios no pueden rechazarse sino aceptarse, y Dios quiere de nosotros esta santidad perfecta. Por eso, que nadie diga: «Me contento con ser bueno y dejo a los demás esas aspiraciones.» ¡De ninguna manera! El aire de esta casa es igual para todos y es un aire que hace santos. Desgraciadamente, no todos lo son, pero podrían serlo con un poco de buena voluntad. No es presunción querer hacerse santos y grandes santos, como san Francisco Javier y aún más que él (salvo lo extraordinario). Presunción sería querer llegar a serlo sin la ayuda de Dios. El temor de presunción suele venir del demonio o es un pretexto que aduce nuestra pereza.

Quien quiere poner límites a la santidad, por tanto, quien cree poder medir su correspondencia a las gracias de santificación, persuádase de que nunca alcanzará ni siquiera una santidad común. No se hacen transacciones con el Señor: o todo o nada. O nos hacemos santos como El quiere, o no nos haremos nada. En el primer caso lo habremos hecho todo; en el segundo, nos habremos equivocado de medio a medio.

2. VOLUNTAD ENÉRGICA - En segundo lugar, voluntad perfecta quiere decir voluntad fuerte, decidida, enérgica, voluntad de hierro. Las voluntades flojas, las medias voluntades nunca lograrán nada, ni darán un paso en el camino de la perfección; son los

espiritualmente perezosos, que juegan entre el querer y no querer. *El perezoso quiere y no quiere* (186). Hoy, sí; mañana, no. Confunden la voluntad con la veleidad. No rechazan la santidad, con tal de que no haya que esforzarse o sacrificarse. No faltan de éstos en las comunidades. Ahí los tenéis; son muelles, siempre los últimos, parece que hacen un favor cuando estudian, cuando rezan; y tras años en el Instituto, tras tantas gracias, todavía no se sabe si son fríos o calientes, si van contentos adelante o no.

Estos caracteres flojos, desganados, estas medias voluntades no me gustan. Si no son capaces de sacudir su desgana y siguen haciéndolo todo con negligencia, el diablo los conducirá a vicios abominables. Una voluntad a medias no puede sostenerse así: o se la completa o se arruina del todo. «Quise, siempre quise, quise con toda mi alma», decía Vittorio Alfieri. La férrea voluntad que puso en llegar a ser insigne autor de tragedias podemos ponerla nosotros para ser santos, que es algo más.

Cada cual se diga: Quiero, quiero con toda mi alma hacerme santo, por eso me adhiero de tal suerte al Instituto, a las Reglas, al cumplimiento de mis deberes que casi no me queda libertad para fallar. El Señor ayuda entonces. Recordad lo que decía santo Tomás a su hermana a la pregunta de lo que tenía que hacer para hacerse santa: «Dite a ti misma: quiero hacerme santa, grande santa, pronto santa.»

3. VOLUNTAD CONSTANTE: En tercer lugar, voluntad perfecta quiere decir voluntad constante, por lo que nunca uno se desanima. La inconstancia es natural en nosotros. Estamos hechos de tal manera que siempre tenemos necesidad de que nos empujen, que nos sacudan. Basta una nadería para desanimarnos; basta un poco de aridez, un sacrificio un poco costoso para pararnos en nuestra ascensión espiritual. Santa Teresa, durante los largos años de absoluta aridez de espíritu, ni cedió mínimamente en su vocación ni en ninguno de sus propósitos. ¿Y cuántas pruebas no tuvo que superar santa Margarita de Alacoque? Su vida es un constante cruce de pruebas, cada cual más dolorosa, pero no se desconcertó y las superó todas con heroica constancia. Y si estas mujeres supieron perseverar en medio de tanta fatiga, ¿por qué no vamos a perseverar nosotros en las pequeñas renunciaciones, en esos actos de fidelidad que requiere nuestra santificación? La gracia de Dios, que socorrió a estas santas y a todos los santos, no nos falta a nosotros y con ella podemos subir al más alto grado de perfección.

Desconfianza y confianza

Lo importante en el camino de la santificación es no desanimarnos por nuestras miserias o por encontrarnos siempre muy alejados de la perfección a la que aspiramos sinceramente y con todas las fuerzas. Mirad, la desconfianza es un obstáculo tal que él solo puede detener al alma mejor encaminada, impedirle seguir adelante y hasta hacerle retroceder en su buen camino. El alma desconfiada es como un pájaro al que se le cortan las alas, sin posibilidad de vuelo.

¿Sabéis de dónde proviene la desconfianza y el desánimo? De confiar demasiado en nosotros mismos, en nuestras fuerzas. Scupoli, en el áureo librito *Combattimento spirituale*, dice a este respecto: «Esto debe grabarse en tu mente: aunque somos demasiado fáciles y la naturaleza corrompida nos inclina a una estima falsa de nosotros mismos, de suerte que siendo una verdadera nada, nos creemos algo y presumimos de nuestras propias fuerza sin fundamento

alguno. Se trata de un defecto difícil de conocerse y desagrada mucho a Dios, a quien le agrada y quiere en nosotros un conocimiento cierto de esta verdad: que toda gracia y virtud se derivan de él únicamente, fuente de todo bien, y que de nosotros nada, ni siquiera un buen pensamiento puede venir que le complazca» (187).

Lo primero, pues, pedir al Señor que nos conceda el conocimiento perfecto de nuestra nada. No se trata de hacernos peores de lo que somos, que ya hay razón ahí para ser humildes; si nos ensoberbecemos es precisamente porque no nos conocemos. Los grandes genios y los grandes santos, como santo Tomás (188), puede decirse que no sintieron siquiera la tentación de envanecerse, precisamente porque, conociéndose profundamente a sí mismos, su nada, sabían referir todo el bien a Dios únicamente. Sólo los mediocres y los imperfectos creen ser algo; por eso el Señor, con caídas humillantes, los llama a la verdad, es decir, al conocimiento de sí mismos.

Pero no hemos de pararnos aquí. El conocimiento de nuestra nada y la desconfianza que, por eso mismo, hemos de tener, no ha de ser sino el punto de apoyo para subir a la desconfianza en Dios. Escribe el autor citado antes: « Si sólo desconfiamos, huiremos o nos daremos por vencidos, superados por el enemigo. Sin embargo, además de eso es precisa una total confianza en Dios, esperando únicamente en El y que de El nos vendrá cualquier bien, ayuda y victoria» (189).

Así se comportaba san Felipe Neri, quien gritaba por las calles de Roma: «¡Estoy desesperado, estoy desesperado! » Y respondía a quien le manifestaba su extrañeza: «¡Estoy desesperado de mí para confiar enteramente en Dios!» El secreto de todos los santos, de su santidad y de sus obras, fue siempre éste: desconfiar de sí mismo y confiar en Dios. Pero confiar siempre, en toda circunstancia; confiar especialmente después de las faltas, con tal de que haya en nosotros buena voluntad de amarlo y de servirlo con perfección. Por eso, no nos desanimemos nunca a causa de nuestras miserias, que no queremos, sino agarrémonos a El, abandonémonos en El, que no sólo puede y quiere hacernos santos sino que, siendo omnipotente, puede construir nuestra santificación sobre nuestras miserias; repito que con tal de que haya en nosotros un deseo sincero, una decidida voluntad de corresponder a sus gracias.

Modelar el temperamento

Para salir victoriosos en el combate de la santidad es necesario, además, tener en cuenta nuestro temperamento para formarlo en la virtud. Por el pecado original, participamos todos de la naturaleza maligna y corrompida, y nuestro temperamento sufre también las consecuencias. Nada de malo hay en ello, porque no es algo que depende de nosotros; lo que sí depende de nosotros es dominarnos o dejarnos dominar por él.

Algunos excusan sus defectos diciendo: «¡Es mi temperamento así!» No vale la excusa. No es que deba destruirse nuestro temperamento, pero hemos de corregirlo, extirpar lo que de malo heredó del pecado original o de los padres, y de cuanto contrajo de erróneo en la educación o por propia malicia y abandono. San José Cafasso, según monseñor Bertagna, era una cerilla (*brichet*), pero se dominaba de tal suerte que parecía insensible. Lo mismo san Francisco de Sales, a quien este trabajo sobre su temperamento, fogoso e impulsivo, le costó muchos años de continuos esfuerzos. Se trata de un trabajo largo y costoso, pero necesario, si queremos mejorar nuestro temperamento para que no sea un peso a los demás.

Con ese fin es necesario en primer lugar no tener miedo de examinarnos profundamente para descubrir el lado defectuoso de nuestro temperamento y la necesidad que tenemos de corregirlo. Suele suceder que en la comunidad todos nos conocemos por envidiosos, soberbios, coléricos, y sólo nosotros no nos tenemos por tales, o mejor, no queremos conocernos por tales... ¡y ay de quien nos advierta de estas faltas! Y yo os digo por experiencia que si no enmendáis vuestro temperamento en los años de preparación, no lo corregiréis en la misión, sino que aumentará el lado defectuoso del mismo y seréis de peso para los demás y de escándalo a los africanos.

Que nadie, pues, se excuse del poco provecho de la perfección a causa de su temperamento: acuse más bien a su propia pereza. Ningún temperamento puede por sí mismo impedirnos tender y alcanzar la santidad. Los santos han sido de cualquier temperamento e índole. Está todo en la buena voluntad, en el esfuerzo continuo y generoso de combatir las malas tendencias. Si más tenemos que combatir, mayor mérito tendremos.

No nos dejemos remolcar

Otra condición para llegar a la santidad es no dejarnos remolcar por los menos fervorosos o por consideraciones humanas. No digáis, por tanto, que no os corresponde a vosotros ser los primeros en el fervor, puntualidad y observancia; que les corresponde a los más ancianos preceder con el ejemplo y la virtud. Sí, es verdad que quienes tienen más años deberían preceder a los demás en virtud y buen ejemplo, de suerte que faltara la Regla escrita pudiera decirse: «Mirad cómo se comporta un profeso, un anciano.» Cada uno de ellos debería ser una Regla viva. Pero suceda o no así, nadie está excusado de tender a la perfección, nadie lo excusará si no lo hace.

Piense cada uno en sí mismo, en la obligación que contrajo al entrar en el Instituto; piense en la voz de Dios que lo llama a la perfección; piense en la rendición de cuentas que debe dar de sí mismo, no de los demás.

A veces se oye decir: «¡Creí que aquí dentro fueran todos santos, en cambio...!» Y no piensa el tal que es él el primero en no serlo, en no tender a la santidad, como también olvida que el Señor permite ciertos defectos para dar la posibilidad de adquirir méritos en el ejercicio de la virtud. ¿Quién de vosotros, si se examina delante de Dios, puede en conciencia afirmar que no tiene nada de qué reprenderse? Que cada cual comience, pues, por sí mismo. Si pretendo la perfección en los demás, es más justo que la busque yo mismo para que quienes vengan después de mí la vean. ¿No os parece que si cada uno hicierais este propósito seríais pronto santos todos?

Me decía un santo sacerdote, superior de la «Piccola casa della Divina Provvidenza»: «Muchos se engañan sobre la realidad de las cosas en nuestra comunidad. Nos creen santos a todos; creen que apenas llegados aquí ya nadie tenga defectos ni cae en ellos. Se equivocan, y se quejan equivocadamente de no encontrar aquí el cielo. El aire es bueno para todos aquí, y quien quiere encuentra los medios de santificarse, a pesar de las miserias que hay.» Lo mismo os digo: si de verdad queréis ser santos, el Instituto os ofrece los medios, y hasta vuestras miserias y las de los demás pueden ayudaros a conseguir ese fin. *Sabemos* -escribe san Pablo- *que todo se convierte en bien para los que aman a Dios, para bien de los que habéis sido llamados, según su voluntad* (190) - Vosotros os contáis entre ellos: llamados a la santidad, a

una santidad singular. Haced, pues, que todas las cosas, hasta los defectos de los demás, cooperen a vuestro bien.

Cada uno de vosotros, hasta el último en llegar, camine con firmeza para adquirir la virtud, sin ese miserable miedo que a veces se encuentra en las comunidades de ser señalado con el dedo por aparecer virtuoso. Sed fuertes y constantes en el bien, en tender a la santa vida que habéis abrazado. No será premiado quien comienza bien sino quien persevera hasta el final. Diariamente, en la santa Comunión y en la visita a Jesús Sacramentado, entrando en vuestra nada y abándoos con ilimitada confianza en su Corazón divino, renovad este propósito: «Quiero hacerme santo, quiero hacerme gran santo, quiero hacerme pronto santo. ¡ Lo puedo, lo debo, luego lo quiero!»

Algunos pensamientos sobre los defectos

Los defectos que no deberían existir son los contrarios a la vocación. Admito defectos de temperamento con tal de que haya propósito de enmienda.

Deseo especialmente que cada uno tenga buenas cualidades, no fingidas; que se deje formar, que se enmiende, no que no tenga defectos.

Nunca se ha despedido a nadie únicamente porque tuviera defectos.

Los defectos no nos impiden hacernos santos, sino la permanencia en ellos.

Si Nuestro Señor no nos hubiera dejado los defectos, no nos quedaría nada por hacer.

Lo que importa no es caer, sino levantarse. Siempre hay que volver a empezar, sin cansarnos nunca.

Compadezcámonos un poco de nosotros mismos, no nos tengamos por peores de lo que somos. ¡Lo somos. ya demasiado!

A menudo nos creemos peores, pero no es que hayamos retrocedido. Estudiándonos mejor comenzaremos a conocer nuestros defectos. Muchas cosas escondidas antes aparecen a la luz ahora.

Si se vence del todo un defecto, se vencen otros muchos al mismo tiempo, ya que un defecto tiene siempre:
muchas raíces de otros.

La Virgen cubre con su manto amplísimo nuestros defectos, con tal de que por nuestra parte los combatamos decididamente.

Estad contentos de que los superiores conozcan vuestros defectos y los corrijan: si sabéis corresponder avanzaréis con pasos de gigante.